

Enrique Pupo-Walker

«La creación narrativa del Nuevo Mundo»

«La creación narrativa del Nuevo Mundo» fue el tema de un ciclo de conferencias que impartió en la Fundación Juan March, del 3 al 12 del pasado noviembre, el hispanista cubano, nacionalizado norteamericano, Enrique Pupo-Walker, director del Center for Latin American and Iberian Studies de la Vanderbilt University, en Nashville. Reproducimos seguidamente un extracto del ciclo.

Es mucho lo que se ha dicho y escrito sobre textos de singular relevancia histórica, como pueden serlo, por ejemplo, *Las cartas de relación* (1519-1536) de Hernán Cortés, los *Naufragios* (1542) de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (¿1490-1556?) o los *Comentarios reales* (1609-1617) del Inca Garcilaso de la Vega (1540-1616), entre algunos otros. Esos viejos libros han vuelto a ser motivo de laboriosas investigaciones y también de controversias que hoy se suscitan con renovado brío en torno a la maltratada conmemoración del V Centenario del descubrimiento de América. Yo quisiera ofrecer aquí, a grandes trazos, otras perspectivas de lo que, en general, contienen esos libros maravillosos. Quisiera detenerme ante la gestión insólita que supone relatar lo desconocido, elucidar qué resortes o qué estrategias retóricas emplearon aquellos a quienes les tocó describir circunstancias y vivencias que no parecían tener precedente o equivalente alguno. Porque creo que variantes sutiles, pero fundamentales, del testimonio histórico radican en la configuración misma de la escritura.

¿Cómo relatar un nuevo mundo?

Al acercarnos a la redacción de esas obras, podríamos preguntarnos, por ejemplo, de qué estrategias se va-

lían Hernán Cortés, el Padre Las Casas o el Inca Garcilaso para darle a la narración de lo desconocido un aura de persuasiva verosimilitud y para lograr que, al mismo tiempo, lo relatado no pareciera al lector europeo de aquella época como una ensarta disparatada de fábulas resucitadas a partir de la penumbra medieval.

Recordemos que los escritos que relataron los contactos iniciales entre europeos y americanos estuvieron señalizados desde un principio por lo equívoco, por expectativas utópicas o por malentendidos que, a veces, derivaron en incidentes de patética comicidad. El obsesivo propósito de Cristóbal Colón era, en su base, de índole económica y tenía como objetivo inmediato encontrar una ruta más corta que facilitara el intercambio comercial entre Europa y Asia. En cambio, no era igualmente precisa la información en la que se basaba el proyecto de navegación que Colón había concebido. El material legendario y notablemente ambiguo que contenían la cartografía y cosmografía medievales, así como los fabulosos libros de viaje, también determinaron la concepción que el marino genovés se formó de la geografía terrestre.

Después de 33 días de ardua navegación y más de 6.000 km. recorridos con creciente ansiedad y muy pocas certidumbres, las tres embarcaciones verificaron en aquellas hermosas islas la presencia de gente sencilla y des-



Enrique Pupo-Walker es actualmente Centennial Professor of Español y Portugués en la Universidad de Vanderbilt en Nashville, y desde 1981, director del Center for Latin American and Iberian Studies, de dicha Universidad. Ha impartido clases en la Universidad de Carolina del Norte, en Yale, y desde 1970, en la de Vanderbilt. Miembro de diversas asociaciones internacionales de hispanistas, pertenece al comité directivo de las principales editoriales y revistas en este campo.

nuda que sonreía nerviosamente. Colón los vio no como aparecían ante sus ojos, sino como él ansiaba verlos: como ciudadanos marginales quizá de un imperio asiático. El propio Colón murió sin saber que aquellas islas eran parte de un mundo desconocido. Recordemos también que hacia mediados del siglo XVI historiadores célebres como Las Casas y Fernández de Oviedo aún suponían que América era, en efecto, una prolongación de Asia. Se inicia, pues, un proceso de inversiones y de desinformación que puede verse como parte integral de un síndrome narrativo que se repetirá a lo largo de los siglos. La geografía americana se verá como diferencia neta (y, por lo tanto, como enigma) o

se describirá por igual desde la analogía audaz, desde la hipérbole, y también a partir de la avaricia imperial o de la nostalgia.

Me parece muy significativo, y se transparenta en múltiples textos del siglo XVI, la profunda crisis que padecerá el discurso histórico sobre todo en ese siglo; crisis que a la larga motivó una severa confrontación entre los que producían y los que manipulaban la narración histórica al utilizarla como acto de reclamación o como instrumento y emblema del poder. Creo que es importante reconocer que el cuestionamiento a fondo de la historia, así como los textos de humanistas italianos y de letrados y poetas españoles, se reflejarán directamente en las páginas que redactaron los primeros cronistas de América.

A medida que se consolidaba el imperio español en América, la Corona, con su nuevo aparato administrativo, quiso definir los parámetros del discurso histórico, así como de todo documento en el que se informara sobre asuntos de carácter oficial. Pero, en fin de cuentas, ese afán restrictivo de la Monarquía no impidió que muchos relatores oficiales, o de ocasión, siguieran construyendo una visión imaginaria de lo americano.

Hay que decir también que la mayoría de los que produjeron narraciones memorables de los descubrimientos lo hicieron casi siempre por accidentes de su propia fortuna. Algunos eran hombres muy jóvenes y de muy escaso bagaje cultural y acaso por ello nos dejaron un reguero portentoso de noticias que hoy vemos como curiosas guirnaldas de la historia. Ese fue el caso del castellano Bernal Díaz del Castillo, el de Alvar Núñez o el de Fray Marcos de Niza, entre tantos otros.

En la organización narrativa de esas historias prospera la glosa interna, la argumentación forense y las interpolaciones anecdóticas más dispares que el lector pueda imaginar.

Son esas peculiares dobleces internas del discurso histórico las que a menudo esconden testimonios sutiles sobre la problemática interacción entre europeos e indígenas.

Así pues, la gran Historia con *H* mayúscula, que resume el deslumbrante y traumático proceso de mutuo descubrimiento que se efectuó entre americanos y europeos, esa misma suerte de historia es la que sigue infiltrándose en los resquicios de nuestra imaginación creativa, y la que sigue siendo base primordial de reflexiones y desavenencias que son ya parte integral de nuestra acepción del pasado. En muchos de esos libros aparece la historia sentida, a veces, como una fatalidad, o como voluntad de reivindicación y también como el precioso legado creativo que se rescuita una y otra vez. Leer esos prodigiosos relatos de los descubrimientos es una tarea que nos depara innumerables revelaciones, gratas e ingratas.

La aventura narrativa de Alvar Núñez Cabeza de Vaca

Los *Naufragios* (1542), de Cabeza de Vaca, figuran entre las relaciones más influyentes que sobre el Nuevo Mundo se escribieron en el siglo XVI y es, además, representativo de innumerables relaciones que se redactaron sobre los descubrimientos en los siglos XVI y XVII. Es una narración que en su tiempo fue leída por Lope de Vega, por Francisco López de Gómara y por un sinnúmero de humanistas e historiadores influyentes, entre los que figuraron el cronista imperial Gonzalo Fernández de Oviedo y el Padre Las Casas. También la leyó en su refugio cordobés el Inca Garcilaso de la Vega, y fue traducida a las principales lenguas europeas.

La narración de Cabeza de Vaca sigue cautivando el interés de una muy amplia gama de lectores, entre los que hoy figuran antropólogos, historiadores, novelistas, cineastas y crí-

ticos literarios de la más diversa estirpe. El texto describe la infortunada expedición que el capitán Pánfilo de Narváez organizó con el propósito de explorar y conquistar la península de la Florida y sus territorios adyacentes.

Cabeza de Vaca murió en Valladolid en 1557 acosado por litigios y por la pobreza. Pero hasta el final de sus días luchó desesperadamente para rechazar las acusaciones que fiscales del Consejo de Indias le imputaron en múltiples ocasiones. El y sus compañeros entregaron a las autoridades de Nueva España una breve relación de sus desastradas aventuras en Norteamérica. Luego, al pasar por La Habana, Cabeza de Vaca envió otra versión de este texto que es la que el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo glosó en su *Historia General y Natural de Indias*. En España y en la ciudad de Zamora Cabeza de Vaca publicó una versión mucho más extensa y personalizada de aquellos sucesos: edición que vio la luz en 1542 cuando ya él estaba en Suramérica. Años después se publicó en Valladolid una versión, más pulcra y cuidada, de ese texto: los *Comentarios*; texto, este último, en el que se relatan las desastrosas gestiones administrativas de Cabeza de Vaca en Paraguay. Pero, además, el historiador argentino Enrique de Gandía nos hizo saber que en las postrimerías de su vejez Alvar Núñez aún elaboraba otra versión de sus andanzas en Norteamérica. Al parecer, pues, los *Naufragios* nunca llegaron a una redacción definitiva.

Es mucho lo que a lo largo de los siglos se ha dicho en favor y en contra de la famosa narración de Alvar Núñez. Pero observaremos que casi siempre se trata de juicios sobre aspectos particularizados de la narración. Para el Inca Garcilaso, Cieza de León y Bernal Díaz, «hacer relación» será, en muchos trances, tarea muy similar a la reconstrucción de un complejo proceso histórico. En otros órdenes, es igualmente cierto que la *relación* novomundista, al diversificar

sus objetivos, superará el programa narrativo de la crónica medieval, así como las codificaciones de la historiografía clásica, que tantas veces sería modelo para múltiples narraciones sobre las Indias elaboradas por cronistas y funcionarios.

Ocurre, además, que muchos optaron por la redacción personalizada para reivindicar, desde esa postura, prerrogativas individuales, para manifestar repulsas o sustentar frecuentes querellas de todo tipo. Es, en parte, por esas razones por las que los textos de Hernán Cortés, Bernal Díaz y el Inca Garcilaso, entre otros, exhiben formas tan eficaces, y a la vez evasivas, de argumentación; son casi siempre recursos de composición que nos

sorprenden tanto por su variedad como por las sutilezas conceptuales que alcanzan. Con las salvedades del caso, otro tanto podría decirse de los *Naufragios*. Sorprende en esta obra la preponderancia de un *yo* relator que emana, casi exclusivamente, de la *persona* histórica y narrativa de Cabeza de Vaca. Recordemos que casi todo lo que descubren Cabeza de Vacas y sus acompañantes constituye el reverso de lo que ellos anticipaban. La naturaleza les será en extremo hostil; además encontrarán las comunidades indígenas en las que buscaron amparo asediadas por el hambre y por los rigores incesantes de una precaria vida nómada. Es ese entorno opresor y desprovisto de alicientes lo que reduce el radio de acción de Núñez, pero es también lo que, irónicamente, le sirve para destacar su individualidad de relator.


Para evaluar en todas sus posibilidades los recursos narrativos empleados en los *Naufragios*, siempre habrá que tener presente que el texto es producto de evocaciones, a veces muy posteriores a los hechos. Obviamente, y en intervalos disímiles, el tiempo de la narración difiere del de la secuencia histórica narrada. Sin embargo, en numerosas instancias el texto incorpora un ritmo expositivo que se aproxima discretamente a los efectos de lectura de un diario; es decir, a una suerte de escrito en el que se recopilan y se repiten datos adquiridos casi al mismo tiempo que se redacta. Identificamos de ese modo un tipo de redacción que parece anular los lapsos que podrían existir entre la temporalidad de los acontecimientos y la escritura que intenta recogerlos. Esa aproximación a una ilusión de simultaneidad es uno de los éxitos narrativos más señalados en la obra.

Como en todo discurso guiado en parte por un propósito autobiográfico, el pasado que se relata es cada vez más el pasado del narrador. Estimo que es ese enlace, siempre fugaz, el que ostensiblemente podría hacernos

Fundación Juan March

CURSOS UNIVERSITARIOS 1992-1993

LA CREACION NARRATIVA DEL NUEVO MUNDO



Enrique Pupo-Walker

Martes, 3

¿CÓMO RELATAR EN EL NUEVO MUNDO?

Jueves, 5

LA AVENTURA NARRATIVA DE ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA

Martes, 10

LA REESCRITURA MESTIZA DE LA HISTORIA

Jueves, 12

LA NARRACIÓN INTERCALADA EN LAS CRÓNICAS AMERICANAS

Todo los contenidos de esta obra se publican en el libro de Enrique Pupo-Walker, "La Creación Narrativa del Nuevo Mundo", 1992, Madrid: Editorial Castalia.

ver el pasado del relator como equivalente de un acontecer colectivo. Se trata de una postura narrativa —consagrada muchas veces en páginas de Homero, Heródoto y Plinio— que nos hace ver la función del historiador como si ésta fuera afín a la del poeta épico o del juglar; el que identificamos aquí es el relator que escucha e interroga sobre un acontecer para luego hacer memoria histórica, y acaso imaginativa, de lo que ha conocido.

La reescritura mestiza de la historia

Gómez Suárez de Figueroa, el mestizo genial que la historia habría de registrar con el nombre del Inca Garcilaso de la Vega, nació en Cuzco, capital del imperio incaico, el 12 de abril de 1539. En 1616, y en el extremo opuesto de su trayectoria biográfica, le encontraremos establecido en Córdoba y consagrado ya como escritor entre sus contemporáneos. Ese mismo año, sin embargo, el Inca fallecería apaciblemente el 23 de abril, poco después de haber escrito libros memorables y de haber conocido los desengaños y satisfacciones que le proporcionaron, a lo largo de su vida, las guerras, las letras y la vida religiosa.

Su niñez se vio envuelta, desde un principio, por un ámbito rico en creencias y materia legendaria de toda índole. El Inca fue hijo natural. Su propio linaje materno le remontaba al sol, a la luna y a la misma deidad benevolente de *Pachacamac*. Por otra parte, el Inca asimiló un catolicismo exacerbado por siglos de guerras religiosas y por el fragor de la conquista del Nuevo Mundo. Garcilaso fue identificándose con la primera generación de mestizos que había nacido en el Perú; generación que sería estrato básico de la cultura americana y que el Inca destacará en sus libros, más de una vez, como la suya.

La Florida del Inca no sería una crónica más. De hecho, superaba en todos los órdenes a las relaciones escuetas que se habían compilado en España sobre aquellos acontecimientos. Su libro, con los años, se distinguiría como una de las narraciones más hermosas que nos ha legado la historiografía de Indias.

La obra capital del Inca Garcilaso, publicada en Lisboa en 1609, son los *Comentarios reales del Perú*. Es un libro de inusitada sutileza y que asumía propósitos muy variados, pero en última instancia el propósito fundamental de su autor era dignificar la historia de sus antepasados incaicos, al dotarla de los beneficios de la palabra escrita. En el ambiente sosegado de sus últimos años, Garcilaso debió sentir una especial complacencia al observar que sus *Comentarios* se imponían como la versión más autorizada de la historia peruana.

El Inca es, sin más, el primer escritor americano que intentó una síntesis audaz que asimila elementos de la cultura renacentista y la del imperio incaico. Y como era de esperar, esa contraposición interna de valores y contextos culturales impuso un sentido cada vez más conflictivo a sus textos. Es esa variedad de recursos y significados la que determina, en muchas ocasiones, la ambigüedad y también la riqueza considerable de sus textos.

Para entender con exactitud las circunstancias en que Garcilaso redactó sus textos, debemos recordar que las grandes relaciones en torno al mundo americano ya se habían escrito cuando él inició su obra. Su aspiración, por lo tanto, no podía ser la revelación asombrosa de un mundo espectacular y desconocido. El texto de Garcilaso se apoya sobre una perspectiva lingüística que en sí autoriza algunos de los aportes documentales más importantes que contiene la obra. A su manera, el Inca trabajó como el historiador humanista que al traducir y explicar textos clásicos rescataba

desde varios ángulos la sabiduría de un pasado glorioso. En última instancia, el ángulo crucial de afinidad entre los *Comentarios* y sus modelos italianos radica en que el código lingüístico se asume en varios planos, con base epistemológica de la realidad. Garcilaso inaugurará así un subtexto crítico que será, hasta nuestros días, parte integral del pensamiento americano.

La narración intercalada en las crónicas americanas

Una sorprendente abundancia de relatos, anécdotas y glosas aparecen tanto en relaciones breves como en las grandes historias que narran los descubrimientos, exploración y conquista del Nuevo Mundo. Naturalmente, la ausencia o abundancia del relato intercalado estará a menudo determinada por los asuntos que se tratan, por las experiencias del narrador y también por el registro de lecturas que alcanzó el cronista en cuestión.

En esas crónicas, como en las grandes *Historias* del siglo XVI, escritas por Gonzalo Fernández de Oviedo, Bartolomé de Las Casas, el padre José de Acosta y Bernal Díaz del Castillo, la narración intercalada cumple funciones muy dispares. Muchas veces aparece como la glosa que arbitrariamente propone una difícil solución de continuidad entre la novedad chocante de lo americano y las realidades europeas que conocían la inmensa mayoría de los lectores. En no pocos casos, el cuento interpolado también se hizo heredero del impulso ético y moralizante que destacó, de manera prominente, en la hagiografía y en los gruesos ejemplarios de la Edad Media. El relato interpolado también posibilitó la opción mítica que suele aparecer unas veces como ilustración y en otras como precipitado de sabiduría que, a su vez, expande los propósitos testimoniales de la historia.

En los siglos XVI y XVII incluso la

configuración del discurso histórico como tal llegó a convertirse en materia legible y contenciosa. Las matizaciones que sobre esos tópicos hicieron Antonio de Guevara, Luis Vives, Francisco Guicciardini y Ambrosio Morales, entre otros historiadores, lo confirman. Para incrementar la verosimilitud de lo narrado, cronistas, escribanos y contadores apelaron a fórmulas jurídicas para desvirtuar lo que hubiesen dicho otros o bien para darle a sus propios textos un aura de veracidad.

Hay una interminable secuencia de relatos intercalados que se nutren, a nivel retórico, de ese vasto remedo de instancias contenciosas. Yo diría que la interpolación narrativa de este cariz con frecuencia puede verse como la representación alegórica de un discurso jurídico en el que se enfrentan las prerrogativas institucionales y las opciones que, por su parte, reclamaba el individuo. En sus aspectos centrales, ese tipo de relato intercalado alegoriza, por así decirlo, instancias conflictivas de legitimidad; y como tales esas narraciones actúan a manera de glosa suplementaria del discurso forense que las genera.

Cabe concluir que, en casos muy numerosos, el relato intercalado, en la crónica de Indias, desempeña una función de sinécdoque o de representación alegórica que se proyecta de cara a un sistema jurídico que muchas veces será su antecedente más directo; antecedente éste que no sólo autoriza la veracidad de lo narrado, sino que también puede subsanar, en parte, la vacuidad referencial a que siempre se expone toda instancia remota en el tiempo que, para nosotros, ya ha perdido su efímera celebridad. Y también esas narraciones intercaladas que aparecen en nuestra historiografía india fueron los vehículos evasivos que formulaban, a nivel anecdótico y jocoso, lo que muchas veces no podía ser conceptualizado. También la interpolación narrativa pudo ser el fruto valioso, aunque insospechado, de la censura y la represión. □